

Pentecostalismo, educación teológica y ecumenismo en Latinoamérica

Por: Daniel Chiquete

Introducción.

En algunos ambientes ecuménicos prevalece la idea de que el pentecostalismo latinoamericano no tiene interés por la formación teológica ni por la participación ecuménica. Creo que esta convicción no está siempre basada en un conocimiento directo del pentecostalismo, sino indirecto, mediado por un distanciamiento geográfico, cultural y teológico. Con frecuencia lo que se sabe del pentecostalismo ha sido aprendido sólo por medio de bibliografía secundaria. Hasta nuestros días, la mayoría de los estudiosos y las estudiosas del pentecostalismo no son pentecostales, factor que debe considerarse siempre a la hora de evaluar sus juicios. Con ello no afirmo que un no-pentecostal no puede entender esta espiritualidad en general, pero sí afirmo que habrá aspectos que le serán siempre de difícil comprensión.

Es cierto que en amplios sectores pentecostales hay desinterés por la formación teológica y por la participación ecuménica, pero más importante que hacer esta constatación me parece necesario intentar entender las causas de estas actitudes, ver con mayor detenimiento las circunstancias concretas donde surgen. Más allá de la demostración o refutación del interés pentecostal en estas áreas mencionadas, me interesa en este ensayo reflexionar sobre algunas de las causas y los motivos que provocan esta actitud. También quiero compartir mi opinión sobre la correlación existente entre formación teológica y actitud ecuménica dentro del pentecostalismo.

1. Formación teológica en las primeras etapas del pentecostalismo.

El pentecostalismo latinoamericano nace con el siglo XX y participa de muchas de las peripecias que el avance del siglo va generando en el continente. Así como Latinoamérica no es homogénea, tampoco lo es el pentecostalismo latinoamericano. La enorme diversidad pentecostal debe prevenirnos contra cualquier afirmación generalizante o simplificadora respecto a esta tradición. Sin embargo, es cierto que hay algunos factores comunes que ayudan a plantear un marco general básico para cualquier análisis, como por ejemplo los tres siglos de dominio español y portugués en América Latina, el rol central de la iglesia católica como expresión exclusiva del cristianismo durante este tiempo (siglos XVI al XIX) y una larga historia de explotación y dependencia, las que también dejarán sentir sus secuelas en el ámbito religioso.

En las primeras décadas del siglo XX, que son también las primeras del pentecostalismo, el analfabetismo estaba muy extendido en el continente. Las masas empobrecidas, analfabetas y bajo el impacto de los diversos conflictos políticos fueron muy receptivas al mensaje pentecostal, comunicado en forma oral, su principal forma de transmisión. La oralidad en la tradición pentecostal se dio no como opción, sino como imposición de las circunstancias. Aunque la experiencia religiosa pentecostal nació y se desarrolló marcada por la oralidad, esta circunstancia no significa que la espiritualidad

pentecostal en conjunto rechace conscientemente la literalidad o la educación formal. Más bien mucha gente encontró en el pentecostalismo la motivación requerida para luchar contra el analfabetismo. Son incontables, por ejemplo, los testimonios de creyentes pentecostales que aprendieron a leer impulsados por el deseo de acercarse personalmente al mensaje de la Biblia.

La falta de atención política de los gobiernos al problema del analfabetismo afectará directamente a las comunidades pentecostales de las primeras décadas, asimismo tendrá como consecuencia que la educación teológica tampoco se desarrolle en esas primeras décadas como prioridad. Entonces, el poco desarrollo de la educación teológica no se debe a que el pentecostalismo sea anti-intelectualista o anti-educativo, sino porque surgió entre las capas sociales más marginadas y por tanto también más excluidas de los sistemas educativos. Antes de preocuparse por la educación teológica la gente debía tener al menos las condiciones para la educación formal básica, y antes de la lucha por la educación formal básica estaba la lucha por la subsistencia cotidiana. Los creyentes pentecostales compartirán las mismas dificultades que el resto de los pobres de la sociedad como desempleo, enfermedad, analfabetismo, falta de vivienda, etc. Por ello la carencia de educación en el pentecostalismo no debe explicarse sólo como desinterés “ontológico” por ella, sino que deben considerarse también en el análisis las dificultades que todos los grupos marginales tienen para acceder a cualquier tipo de educación.

Hasta bien entrado el siglo XX en Latinoamérica la educación era un privilegio de las clases medias y altas. Esta es una de las principales causas que explican que el protestantismo misionero norteamericano que llegó a América Latina fuera bien recibido en las clases medias, educadas y receptivas a las nuevas ideas de progreso pregonadas por los misioneros. Las clases altas latinoamericanas, por intereses obvios, eran necesariamente conservadoras y fuertemente vinculadas con el catolicismo, por lo que permanecieron fieles a él. El pentecostalismo encontrará su público “natural” en las grandes mayorías excluidas de cualquier forma de poder, ya sea económico, político o religioso. Desde entonces el mapa religioso latinoamericano adquirirá esta fisonomía general: los sectores oligárquicos y otros grupos privilegiados se mantendrán ligados al catolicismo institucional; la muy frágil e inestable clase media al protestantismo evangélico; las clases bajas quedarán repartidas entre el pentecostalismo y el catolicismo de base o catolicismo popular.

2. Condiciones y evoluciones al interior del pentecostalismo.

Como movimiento religioso, el pentecostalismo se ha ido transformando en varios aspectos. Algunas crisis y cambios en las sociedades latinoamericanas explican en parte algunos de estas transformaciones, tanto las positivas como las negativas. En relación al tema que nos ocupa, puede registrarse el efecto positivo que los programas de alfabetización que establecieron algunos gobiernos liberales causaron en algunas áreas sobre muchas comunidades pentecostales. Posterior a la alfabetización, el nivel educativo de los pentecostales ha ido crecido paulatinamente en las últimas décadas. Actualmente, en las comunidades pentecostales urbanas puede detectarse que la mayoría de sus miembros saben leer y escribir, y tal vez haya varios con títulos universitarios. La imagen del pentecostalismo iletrado ya no se corresponde con la realidad.

Este aumento en los niveles de educación ha permitido el surgimiento de una nueva generación de pastores y líderes del movimiento también con un mejor nivel educativo, que incluye con frecuencia estudios universitarios y/o teológicos. Estos pastores son más conscientes y sensibles a la necesidad de la educación en los miembros de sus comunidades, tienen mayores posibilidades de desarrollar una conciencia social, tener una visión política más clara, mostrar mayor interés por el ecumenismo, entre otros cambios sensibles. Una

mejor educación secular ha conducido de manera directa a un creciente interés por una mejor formación teológica. Y este interés, que ciertamente aún no es masivo ni generalizado, sí es un hecho real que debe ser tomado en consideración por quienes afirman que el pentecostalismo no tiene interés por la educación teológica. Este interés no puede surgir de la nada, como ningún otro lo hace, sino que requiere contar con las condiciones para su surgimiento. Entonces la pregunta no debiera ser si el pentecostalismo está o no a favor de la educación teológica, sino por el cómo contribuir a crear las condiciones que la posibiliten.

3. Pentecostalismo y ecumenismo.

La mayoría de los pentecostales se identifican como “protestantes” o “evangélicos”, lo que histórica y teológicamente me parece correcto, aunque las raíces protestantes del pentecostalismo no provengan directamente de las tradiciones luterana o reformada europeas del siglo XVI, sino más bien de las evangélicas inglesas y norteamericanas de los siglos XVIII y XIX, especialmente del metodismo wesleyano, los movimientos de santidad y algunas expresiones carismáticas de renovación espiritual. El protestantismo llega a América Latina a través de las sociedades misioneras norteamericanas en el último tercio del siglo XIX. En su estrategia evangelizadora ese protestantismo buscó ganar las clases medias creyendo poder a través de ellas alcanzar las masas de pobres del continente, tanto por medio de su predicación conversionista como por sus programas de educación, salud y formación moral. Esa relación originaria del protestantismo con las clases medias latinoamericanas mantiene su vigencia hasta el presente. Es por ello también que las crisis socioeconómicas de estas clases medias repercuten también en las crisis eclesíásticas que sufren.

En la actualidad el protestantismo tradicional es numéricamente insignificante, no alcanzando siquiera el 1 % de la población general en la mayoría de los países latinoamericanos. Sin embargo es una minoría significativa dentro del movimiento ecuménico, por ejemplo por su contribución a la educación teológica y en el liderazgo de las instituciones y proyectos ecuménicos, áreas donde son absolutamente dominantes.

Entre los líderes e intelectuales protestantes o evangélicos hay diversas actitudes y opiniones en relación al pentecostalismo. Un sector de ellos comparte con un sector católico el discurso del pentecostalismo como arma ideológica de la política exterior norteamericana (por más que sorprenda que aún haya quienes crean y divulgan este tipo de opiniones), y lo devalúan como religiosidad de grupos con características sectáricas, expresiones de un cristianismo fundamentalista, escapista, apolítico, anti-intelectualista, etc. También hay un amplio grupo con posiciones más moderadas que lo ven con reservas y a la distancia, sin descalificarlo en su conjunto, pero sin mayor interés de acercarse a él en un espíritu fraterno y dialógico. Afortunadamente también hay un pequeño grupo con un conocimiento amplio y directo del pentecostalismo, con espíritu fraterno y ecuménico, e interesados en el aprendizaje mutuo. Estos últimos desafortunadamente son la minoría.

Estas tres tendencias generales se reflejan en cierto grado en las instituciones de educación teológica de orientación ecuménica en América Latina. En la mayoría de estas instituciones se constata la contradicción entre la presencia real del pentecostalismo en el continente y su baja representatividad en estos centros en los cuerpos docentes. Así, me parece difícil explicar satisfactoriamente que mientras el pentecostalismo representa el 80-90 % del cristianismo no-católico latinoamericano, se encuentre tan sub-representado o no representado en las instituciones educativas o ecuménicas. Muchas instituciones educativas no cuentan con docentes pentecostales, ni los temas pentecostales están presentes en sus currículas, cuando los estudiantes pentecostales en varias de estas mismas instituciones son mayoría y, en cierta grado, la justificación de su existencia.

Los pentecostales están positivamente considerados en la elaboración de estadísticas y en la formulación de solicitudes de apoyos económicos, pero no están considerados con la debida pertinencia en cuanto a facilidades de estudio, necesidades formativas y circunstancias propias. El protestantismo ecuménico se beneficia de esta masiva presencia pentecostal, pero no hay planteamientos claros para lograr que los pentecostales se beneficien de igual modo del ecumenismo protestante. Utilizando una expresión popular corriente en América Latina se puede afirmar: “La tropa está compuesta por los pentecostales, pero los generales son siempre los protestantes”.

En estas circunstancias, cuando los espacios educativos y las instituciones ecuménicas pudieran ser lugares propicios para el fomento del espíritu ecuménico hacia el pentecostalismo, con frecuencia se convierten más bien en causas que frenan este acercamiento. Yo diría, incluso, que los pentecostales ecuménicos somos ecuménicos no gracias a, sino a pesar del ecumenismo latinoamericano. Creo que el pentecostalismo ha hecho más esfuerzos de acercarse al ecumenismo que el ecumenismo de acercarse al pentecostalismo.

Otro tema que me parece debe reflexionarse con mayor profundidad es el de la diferencia de motivaciones para la participación ecuménica y la formación teológica. En el pentecostalismo, el deseo de estudiar por lo general está en relación directa con el deseo de aportar un mejor servicio en la iglesia, es respuesta a una necesidad eclesial concreta. Esa es la motivación primera y más importante. Igualmente, el ecumenismo tendrá mayor interés para los pentecostales en la medida que puedan descubrir su importancia para la vida concreta de la iglesia. Los pentecostales serán ganados para el ecumenismo por medio del ejercicio concreto de este proyecto: será su práctica y no su discurso lo que entusiasmará a los pentecostales por el ecumenismo.

En Latinoamérica, el pensamiento ecuménico tiene una importancia simbólica e inspiradora, es valioso e imprescindible, pero los grandes cambios sociales y espirituales de motivación cristiana seguirán proviniendo principalmente del pentecostalismo y del catolicismo de base. Apoyar la educación teológica pentecostal significa apoyar el desarrollo concreto de la presencia cristiana más importante del continente. Eso sería ecumenismo y misión de acción concreta y con visión de largo alcance.

4. Educación teológica y ecumenismo en el pentecostalismo latinoamericano.

La educación teológica ciertamente no es la prioridad más alta de las iglesias pentecostales, pero sí hay un creciente interés por ella, y por diversas motivaciones, como se ve reflejado en el creciente número de proyectos y programas educativos surgidos en los últimos años. Se pudieran clasificar a *grosso modo* estas iniciativas pentecostales de educación teológica en tres grupos. 1) En el primero estarían un buen número de seminarios locales denominacionales, que son los espacios que usan las iglesias que los patrocinan para reproducir su enseñanza oficial y formar a sus cuadros de liderazgo. Un pensamiento crítico y una apertura ecuménica significativos no es de esperarse de este grupo, que es el mayoritario en el continente. 2) Un segundo grupo estaría representado por varios proyectos educativos pentecostales más o menos sólidos, surgidos varios de ellos bajo el patrocinio de una denominación grande y bien establecida, como la *Iglesia Apostólica* en México, las *Asambleas de Dios* en Brasil o la *Iglesia de Dios* en Ecuador y República Dominicana, por ejemplo. Otra parte de ellos son el resultado del esfuerzo de grupos entusiastas de creyentes que han trabajado por años para crear las condiciones mínimas para la existencia y funcionamiento de pequeños centros de formación. Algunas de estas instituciones tienen un buen nivel académico, aunque aún están lejos del alcanzado por las más consolidadas

instituciones de América Latina, así como también muestran diferentes grados de apertura ecuménica, pero sin perder para nada su profunda identidad pentecostal. A manera de ejemplo de este grupo se puede mencionar al *SEMISUD* (Ecuador), al *Centro Cultural Mexicano* (México), a *PACTO* (Venezuela) y al *Centro Evangélico de Estudios Pentecostales* (Chile). 3) Un tercer grupo lo representan cientos de creyentes pentecostales que estudian en diversas instituciones educativas de orientación ecuménica del continente como la UBL (Costa Rica), el ISEDET (Argentina), la Universidad Metodista (Brasil), el CIEET (Nicaragua), el SET (Cuba) y muchas más. Para este último grupo el acceso a la educación teológica es el más complicado porque con frecuencia lo hacen sin el aval de sus iglesias, o aun en contra de la voluntad de éstas, además de que no hay mucho interés en varias de las instituciones educativas de facilitarles el estudio por medio de becas o flexibilidad en los programas. De este tercer grupo procedemos la mayoría de los y las pentecostales involucrados en el movimiento ecuménico latinoamericano.

Mi convicción es que la formación teológica y la apertura ecuménica están muy interrelacionadas en el pentecostalismo. La promoción de la primera conduce a la segunda, aunque no siempre de manera automática. Por ello cualquier esfuerzo por promover esta educación debe valorarse también como una contribución al fomento del espíritu ecuménico. Antes de esperarse una apertura ecuménica del pentecostalismo será necesario la creación de las condiciones que le permitan la formación teológica: sin conciencia de cambio no habrá acción de cambio, sin formación teológica no habrá conciencia ecuménica.

Yo no creo que los pentecostales sean ni menos ni más ecuménicos que los protestantes de Latinoamérica o de Europa. Parece que lo son menos porque quienes se manifiestan por el ecumenismo o participan en proyectos ecuménicos concretos son generalmente personas con formación teológica pertenecientes a iglesias protestantes o evangélicas: son sus intelectuales. Del mismo modo, también los pentecostales con formación teológica somos ecuménicos. La educación teológica y el contacto ecuménico nos ha permitido una visión diferente. Pero un miembro regular de una iglesia evangélica o protestante puede ser tan ecuménico o no ecuménico como cualquier otro creyente pentecostal. Lo que hace la diferencia no es la filiación eclesiástica sino la formación educativa y las posibilidades concretas de experimentar positivamente el ecumenismo.

Desafortunadamente muchos de los proyectos pentecostales (y no pentecostales) dependen de fuentes externas para su funcionamiento, lo que siempre será un factor complicado a considerar. Algunas instituciones ecuménicas se sienten llamadas a contribuir en la consolidación de algunos de estos proyectos educativos, lo que siempre es una buena causa. Pero también quisiera compartir algunas consideraciones sobre las circunstancias y aspectos a considerar en torno a este posible apoyo.

1) Me parece que el aspecto económico a pesar de su importancia no debe ser el central. De igual importancia debe ser el valor simbólico del apoyo. Pues de una u otra manera el pentecostalismo se seguirá desarrollando como lo ha venido haciendo durante toda su historia, con apoyo económico externo o sin él, pero seguro que con apoyo las condiciones serán mejores y los avances más acelerados. Sobre todo me parece importante que el apoyo permitiría al protestantismo ubicarse más cerca del pentecostalismo posibilitando así una interacción más directa, donde ambas familias puedan enriquecerse mutuamente. Se trata entonces de establecer canales y espacios de encuentro, reconocimiento y enriquecimiento en ambas direcciones, o en múltiples direcciones, evitando relaciones de dependencia, o donde una parte esté en posición de condicionar a la otra. Se trata en última instancia de reconocer al pentecostalismo como igual y no como inferior o necesitado. Si esta condición no se garantiza, entonces es mejor dejar al movimiento que siga buscando por sí mismo sus caminos.

2) Otro punto a considerar es que la apertura ecuménica del protestantismo hacia el pentecostalismo por medio del apoyo económico y el acompañamiento fraterno adquirirá

carácter concreto y podrá estimular también reacciones concretas. Es decir, hasta ahora la apertura ecuménica del protestantismo hacia el pentecostalismo ha sido con frecuencia más de intenciones que de acciones, más de palabras que de obras, y es de esperar que eso cambie. En cuanto el pentecostalismo perciba un interés real por su participación ecuménica, seguro desarrollará la motivación correspondiente para hacerlo. Entonces se trata también de reformular la pregunta respecto a si el pentecostalismo tiene o no disposición de apertura ecuménica, y preguntar más bien sobre el cómo el ecumenismo puede motivar mejor esta apertura.

3) También importante me parece ser que un apoyo financiero externo le daría mayor libertad a estas iniciativas pentecostales para mantener mayor distancia respecto a la enseñanza institucional de la iglesia-madre a cuya sombra viven, lo que las pondría en condiciones de desarrollar un pensamiento crítico y de orientación ecuménica, y no sólo ser reproductoras de la enseñanza oficial de la iglesia. En esta tensión entre cercanía y distancia respecto a las iglesias se tendrán que seguir moviendo algunos de estos proyectos educativos, entre la fidelidad y la voluntad de servicio a la iglesia y la necesidad de ser también su conciencia crítica.

4) Por último, me parece definitivo tener clara conciencia de que si el protestantismo latinoamericano cada vez se vuelve más pentecostal, apoyar el desarrollo de un mejor pentecostalismo es apoyar también la consolidación en un mejor protestantismo. Aunque tal vez esta misma conciencia sea la que está generando en la actualidad las reservas con que actúan algunos líderes ecuménicos en Latinoamérica, ya que si el pentecostalismo desarrolla además de su potencial numérico su potencial teológico, entonces sería muy difícil seguir justificando la exclusividad del liderazgo protestante en el ecumenismo latinoamericano. Y este tipo de consideraciones parecen estar presentes en algunos líderes ecuménicos. Ojalá que esta circunstancia de crecimiento pentecostal se pueda percibir como oportunidad de renovación y crecimiento y no como amenaza a intereses particulares.

Otro factor que percibo como problemático en la situación actual del apoyo del mundo ecuménico hacia el pentecostalismo es cierto aspecto de condicionalidad con que se otorga. Con frecuencia se condiciona el apoyo a la existencia de una estructura organizativa sólida, lo que es con frecuencia difícil de cumplir, al menos en las formas deseadas, y ésto por dos razones principales. Por un lado, porque en Latinoamérica los proyectos se desarrollan en un proceso inverso al europeo: mientras que en Europa primero se crean las estructuras que sostendrán los proyectos, en Latinoamérica se echan a andar los proyectos y luego se van creando las estructuras de acuerdo a las necesidades, las condiciones y las experiencias que se van adquiriendo. Además, como segunda razón, considero que es muy difícil tener estructuras administrativas estables donde con frecuencia no hay recursos financieros ni para cubrir las necesidades elementales de un proyecto, como el pago del personal, la renta de un local, el pago de las cuentas de electricidad y agua, etc. Entonces se trata con frecuencia de una cuestión de fe y confianza, no exentas de riesgo. Pero con frecuencia son de estos orígenes inciertos de donde han surgido los grandes proyectos, y no sólo en los ámbitos educativos o eclesiásticos.

5. Expectativas y desafíos para el siglo XXI.

El pentecostalismo tiene motivos de esperanza y alegría para el siglo XXI. Los centros de educación teológica pentecostales han avanzado significativamente en su consolidación. En círculos pentecostales se constata un creciente entusiasmo por la formación teológica. Muy importante es la también creciente presencia de las mujeres en los programas de educación, incluyendo los de postgrado. Creo que todos los centros anteriormente mencionados están realizando con pocos recursos una excelente labor que espero se vaya consolidando y

enriqueciendo. También hay un importante número de teólogos y teólogas pentecostales que están impulsando la producción teológica escrita, lo que seguramente será un factor de enriquecimiento tanto para el pentecostalismo como para otras familias cristianas interesadas en esta espiritualidad. Creo que atención especial merece el trabajo de un grupo de estudiosos y estudiosas del pentecostalismo que desde hace algunos años trabajan en la conformación de una red de reflexión y producción teológica llamada RELEP (Red Latinoamericana de Estudios Pentecostales). La RELEP plantea entre sus objetivos impulsar y coordinar el trabajo de producción teológica pentecostal; contribuir al fomento de la educación teológica entre las comunidades pentecostales; comprometerse en el diálogo y otros proyectos ecuménicos; fomentar el apoyo mutuo de sus miembros en sus trabajos eclesiales y académicos, entre otras tareas. También la RELEP ha iniciado la planificación de su participación en la celebración del Centenario del Pentecostalismo en América Latina a partir del 2009. Otra de las proyecciones de RELEP es enlazarse con otras asociaciones pentecostales de reflexión y producción teológica como la *Society for Pentecostal Studies*, la *European Pentecostal Theological Association*, el *Interdisziplinärer Arbeitskreis Pfingstbewegung*, lo mismo que con proyectos similares en Asia y África.

Es claro: hay mucho camino por recorrer y muchas tareas por cumplir, pero también es cierto que hay mucho entusiasmo y alguna experiencia acumulada. En los próximos años el pentecostalismo latinoamericano seguirá avanzando en su formación teológica y en su madurez ecuménica. Ojalá que nuestros hermanos y nuestras hermanas protestantes y evangélicos/as acompañen este desarrollo.